EGILAN. Tè vengo á rogar
que no alteres la costumbre,
cuando tanta muchedumbre
de gente quieres armar.
Se dice en calle y en plaza
que deben los reclutados
españoles ir mandados
por caudillos de su raza.

RECESV. Tal pienso: con recompensas
justas amor inspiremos;
no digan más que vencemos
sin su pró y á sus expensas.

EGILAN. Tú pues, no tan solamente
al vínculo te has negado,
que te afianzará un reinado
pacífico y floreciente,
sino que, dado al afan
continuo de malquistarte,
pretendes que el talabarte
se ciña de capitan
gente que se me figura
que va á pensar, muy en ello,
que la cadena del cuello
se le pasa á la cintura.

RECESV. La cadena agobiadora
volver quiero yo ligera:
nuestra raza degenera,
la indígena se mejora.
Forzadas á competir,
ganen ambas á la par:
no querrá el godo bajar
si ve al español subir.

EGILAN. ¿Temes tú que la nobleza
visigoda se avillane?

RECESV. Yo pretendo que se hermane
lo que unió naturaleza.
Siglo y medio há que vivimos
juntos en una region:
ni ellos lo que fueron son,
ni nosotros lo que fuimos.
Tu habla, tu aspecto, esa ropa,
digna de un galan de Aspasia, (8)
¿muestran al bárbaro de Asia,
huésped y azote de Europa?

Echados del setentrion
por el frio y por el hambre,
caimos en grueso enjambre
sobre una y otra nacion,
y donde rico estipendio
no pagó nuestra jornada,
la dejaron bien marcada
la mortandad y el incendio.
Pero en España, que fin
puso al dilatado viaje,
no era ya el godo el salvaje
que á nado cruzaba el Rhin;
ántes al ver con escándalo
en ella déspotas nuevos,
arrolló alanos y suevos
lanzó al silindo y al vándalo.
Mandatarios imperiales,
ascendimos á señores
venciendo á los invasores,
ganando á los naturales,
y ellos, en la sujecion
coservándose sin mengua,
nos impusieron su lengua,
costumbres y religion.
En virtud, sabiduría
y número nos excenden.

EGILAN. Ejercer con fruto pueden
labranza y ganadería,
tejer seda con primor
y edificar un castillo;
pero el cargo de caudillo
pide ánimo superior.

RECESV. Froya dirá si en justicia
mi resolucion se apolla.

EGILAN. ¿Y no vencerás á Froya
sin esa nueva milicia?

RECESV. Poco le temo, Egilan,
soldados rijo de cuenta;
pero á tí ¿no te amedrenta
desde Africa el musulman?
Hacia nosotros avanza,
nadie de él está seguro:
fabriquémonos un muro
donde se rompa su lanza

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

Unidos para las lides
godo y español, sereno
aguardaré al sarraceno
en las columnas de Alcides;
pero teniendo neutral
al español y remiso,
como tenerle es preciso
cuando se le trata mal;
si nosotros no atajamos
la furiosa inundacion,
dejará con su inaccion
él, que se aneguen sus amos,
y á salvo en puesto contigüo,
reirá de ver que llegó
dia en que pisoteó
nuevo tirano al antiguo.
Corona espera mi sien,
Egilan; y si algo puedo
no exhalará mi Toledo
el hay de Jerusalen.

EGILAN. Un riesgo que ignoras labras,
y el que presientes no evitas:
mira que te precipitas;
por Dios, que los ojos abras.
Cuando sulquen el Estrecho
las galeras del infiel,
á recibirle en tropel
iremos con firme pecho,
donde sin ayuda ajena,
sino la que el cielo preste,
gane el triunfo nuestra hueste
ó se abra tumba en la arena. (*)
Muera yo, como haga riza
primero, y quiebre la hoja
de mi espada, no la coja
mano de sangre mestiza,
sangre hispana, que cien veces
con otra se revolvió,
y en la mezcla desechó
lo bueno y guardó las heces,
Luz de gloria nunca radie

(*) Los ocho versos siguientes pueden suprimirse en la representacion.

sobre esta familia extraña,
nosotros somos España,
fuera de nosotros nadie.
Al hombre que nace y crece
á nuestros piés, no podemos
amarle; le aborrecemos,
y aun al que no le aborrece.
Quieres una prueba? Impía
es, horrorosa es la prueba;
mas dice adónde nos lleva
nuestra terca antipatía.
Si Heriberta no enloquece,
muere á mis manos de fijo.

RECESV. ¡Matar á la que yo elijo
para tu reina! Merece
tan solo el pensarlo mil
muertes, mil. Pues que os ha hecho?

EGILAN. Las llamabas á tu lecho,
y es una española vil.

RECESV. Es hija de Radimiro,
es hija de Berengarda.

EGILAN. Es de la estirpe bastarda;
lanzando el postrer suspiro
Berengarda, reveló
el hecho, el cómo y por qué,
y el Conde testigo fué,
y Heriberta lo escuchó.

RECESV. Cielo santo!

EGILAN. Ahora, desnuda
tu acero, y el pecho parte
al que, mirando á salvarte
no enfrena su lengua ruda,
Tú luego perecerás:
ya está en feroz asonada
tu muerte determinada.

RECESV. Oh! yo sabré...

EGILAN. Ni sabrás,
ni podrás: no hay defensores
de rey que su ser abjura;
tragará la sepultura
tus planes trastornadores,
tragará contigo al viejo
nonagenario, que hubiera
finado en paz su carrera.

RECESV. Mi padre!... Duque!...
EGILAN. Un consejo.
En sus manos moribundas
pongamos nuestras cuestiones,
yo diré mis pretensiones;
di tú el no y en qué lo fundas.
RECESV. Egilan, el Rey consiente
mi justo y noble decreto.
EGILAN. Quizá escuche con respeto
la voz del riesgo inminente.
RECESV. El temer!
EGILAN. Si convenís,
mi parecer avasallo
al tuyo.
RECESV. Dicte su fallo
mi suerte y la del país.
(Vánse.)

ESCENA IX.

HERIBERTA.—GUNDEMARO.

GUND. Pasad. ¿Qué estabais haciendo
aquí?
HERIB. No lo comprendéis?
GUND. Acechabais, eh?
HERIB. Y oia
cosas de mucho interes.
GUND. Linda maña!
HERIB. Las mujeres
son amigas de saber.
A propósito, ¿me das
el consabido papel?
GUND. A eso vine.
(Se le dá.)
HERIB. ¿Qué te dijo
Fulgencio?
GUND. Que os quiere ver,
que necesita salir
de Numancia, que logreis
que le perdone el destierro
el Conde, mediando el Rey.
HERIB. Por qué se quiere venir?

GUND. Porque intenta recorrer
media España: ha descubierto
que una hija que tuvo, fué
robada; pues no murió,
como le hicieron creer.
HERIB. Es posible?
GUND. El hombre tiene
el juicio hecho una babel
con la noticia, y anhela...
HERIB. Sí. Leamos.
GUND. ¿Aun leeis
sin dificultad?
HERIB. Ninguna:
todo lo comprendo bien.
Oye y juzga.
(Lee.)
«Princesa: Necesito veros por vos y por mí; sabed entre tanto que se disponen varias ciudades á unirse con el rebelde Froya, y que se niegan muchas á hacerle guerra: el designio de conferir grados militares á los españoles irrita á los godos contra el Príncipe, contra nosotros, y aun contra vos: aunque no se dice, comprenderéis el motivo. Dad esta carta al Príncipe: que resuelva pronto, por que el peligro dá poca espera:»
¿Y es verdad
todo esto?
GUND. Distinguiré.
A los pobres españoles
hoy los tienta Lucifer;
con lo de ofrecerles jefes
propios, cobran altivez,
y sin pérdida de tiempo
quitársela es menester.
Esto es verdad, y si ocurre
algun degüello, pardiez
que no será extraño. Es cierto
que se conspire tambien
contra el Príncipe... De vos
nadie se queja; al reves,
todos sentimos que el Príncipe
rival tan indigna os dé,
HERIB. Quién? Gosvinda?
GUND. Si esa fuera,

todo se arreglara.

HERIB. Pues
qué otra rival tengo? ¿Cómo
se llama? Quien es? Di. Quién?

GUND. Dicen que es una española
duende, que no se la vé,
y todo lo enreda.

HERIB. Ah! sí:
ya estoy.

GUND. Contra esa mujer
es el odio general
de toda la goda grey.
Esa pierde al Príncipe, esa
le llevará á perecer,
esa condena á su estirpe
á un exterminio cruel.

HERIB. No lo creas, Gundemaro.
Gracias. Yo lo evitaré.
Aguardo al Príncipe. Déjame
hablar á solas con él.

GUND. (Aparte.)
Cuanto el Conde me previno,
se lo he dicho ce por be.
(Vase.)

ESCENA X.

HERIBERTA.

Mis remotas esperanzas
acabaron esta vez.
Recesvinto sin los godos
no puede á Froya vencer,
y si arma españoles, víctima
de los conjurados es:
dando á Gosvinda la mano,
diera á su trono sosten:
esto qué le dijo el Duque,
le habrá repetido el Rey.
Aquí vuelve. Corazon,
esfuerza tu intrepidez.
Viva y reine Recesvinto;
pierda yo cuanto anhelé.

ESCENA XI.

RECESVINTO.—HERIBERTA.

RECESV. (Ap. ¡Mi padre con tal porfia
mandarme salir!.... ¡quedarse
con Egilan!... ¿Va á frustrarse
la firme esperanza mia?)
Heriberta....

HERIB. ¡Qué oportuna
es tu venida, Señor!
(Rasga la carta.)

RECESV. Qué rasgas?

HERIB. Un borrador
sin importancia ninguna.

RECESV. (Ap. Española! He de indigar...)
Mira, ven: recapacita.

HERIB. Es que aguardo una visita..,
Visita que hace temblar!

RECESV. Temblar? Quién es?

HERIB. Bien que no;
respetará el regio albergue.
—Ay! mi cabello se yergue.
Nada respeta. Ya entró.

RECESV. Quién?

HERIB. Berengarda. Allí. Mira....
Al verte, se queda atras.

RECESV. (Ap. ¡Española, y ademas
así la infeliz delira!)
Vuelve en ti, y el error cese
que tu pensamiento embarga.

HERIB. Viene y la mano me alarga
para que vaya y la bese.
(Da unos pasos, se arrodilla y hace como que toma y bésa la mano que supone le tiende la sombra de Berengarda.)

RECESV. Sola estás conmigo.

HERIB. Sola!
No la ves pegada á mi?
¿No oyes que me dice: «Di,
dile que eres española?»

RECESV. Vuelva tu juicio á su ser,
y hasta el solio te levanto.

HERIB. Ois? Queriéndome tanto,
quién le deja de querer?
RECESV. Alza, mi bien.
HERIB. (Aun de rodillas.)
Qué?... No: el resto
menos le debe importar.
Ya no se puede casar
conmigo: basta con esto.
RECESV. ¿Qué mas quiere esa vision...
esa ilusion que te engaña?
HERIB. Quiere, para bien de España,
que oigas una prediccion.
(Dirigiéndose á la sombra.)
Mi labio no acertaria...
No espereis que se lo anuncie.
(Se levanta.)
No es razon que yo pronuncie
contra mí la profecía.
(Huye de la sombra.)
Señora, mil veces no!
—ella en mi cuerpo se embebe!
Ella es quien mi lengua mueve,
ella habla en mí; no hablo yo.
RECESV. (Aparte.)
Este delirio es tan raro,
que á maravilloso pasa.
HERIB. (Con una voz como sepulcral.)
Recesvinto! de tu casa
eres el varon preclaro.
Recesvinto! el cielo dones
grandes te vá á conceder:
procura corresponder
bien á tus obligaciones.
De la prenda que te quito,
sepárate con grandeza:
en tí fuera una flaqueza
imperdonable delito.
RECESV. Qué es lo que oigo!
HERIB. Cruel, vana,
y amante de ocio y placeres
fuera la que tú prefieres,
en la silla soberana.
Queriendo atajar el curso
del mal que á traeros iba,

para bien de ambos la priva
el cielo de su discurso.
Por esa infausta doncella
vence tu amoroso afan,
ó te la asesinarán,
y á todo un pueblo con ella.
(Váse.)

ESCENA XII.

RECESVINTO.

Asesinármela! Rios
de sangre derramaré
primero: yo prevendré
vuestros intentos impios,
godos, que á la rebelion
teneis tan pronta la mano;
pues no me quereis Trajano,
temblaréis de otro Neron.
De mi justicia despojos
los que hoy osan conspirar,
nadie en mi reino ha de alzar
contra Heriberta los ojos.
Resuélvase el Rey....

ESCENA XIII.

EGILAN.—RECESVINTO.

EGILAN. Venci.
El Rey, á quien no disuades,
teme de tus novedades
el daño que yo temí.
RECESV. Se opone?...
EGILAN. Dice que está
bien la ley que nos divide,
y que al pueblo que no pide,
le pervierte quien le dá.
RECESV. Cuando cien provincias doma
el infiel con sus legiones...
EGILAN. Dice que esas distinciones...
quien las quiere, se las toma.

ESCENA XIV.

BERTINALDO. GOSVINDA.—RECESVINTO. EGILAN.

GOSVIN. Gran señor, los toledanos
contra vos se alborotaban,
por mí; fuí donde gritaban,
y atajé voces y manos.
BERTIN. Lazos á mi fé han tendido
con un informe siniestro;
temor del peligro vuestro;
me dejó sordo el oido.
RECESV. Gosvinda...

ESCENA XV.

GUNDEMARO.—RECESVINTO. GOSVINDA. EGILAN. BERTINALDO.

GUND. Acudid, llegad.
El Rey envia á llamaros
á los tres, para dictaros
su postrera voluntad.
RECESV. Padre mio!
EGILAN. Ese motin...
BERTIN. Ya cesó completamente.

ESCENA XVI.

HERIBERTA. GODOS.—RECESVINTO. GOSVINDA. EGILAN. BERTINALDO. GUNDEMARO.

HERIB. Recesvinto, el Rey doliente,
que ve próximo su fin,
á tí me envia, fiado
en que es mi ruego eficaz,
para que vuelvas la paz
que á sus reinos has quitado.
RECESV. Yo?
HERIB. Te pide, ántes que rinda
su espíritu al Criador
que un sí reconciliador
te haga esposo de Gosvinda.

RECESV. Él quiere?...
HERIB. Siendo notorio
tu gran respecto filial,
toda la casa Real
junté para el desposorio...
RECESV. El Rey... que esposa me elige...
me debe escuchar aun.
HERIB. El te la ofrece, segun
el público bien exige.
RECESV. Cuando eso diciendo estás,
sabes tú lo que profieres?
HERIB. Obedezca á sus deberes
quien los dicta á los demas.
Contempla esa faz que hechiza,
mira estas ropas groseras:
esta es princesa de veras;
yo fuí princesa postiza.
RECESV. (Aparte.)
Oh Dios! Oh martirio doble!
EGILAN. (A Heriberta.)
Vos cedeis?...
HERIB. De buena gana.
Bah! Desde que soy villana,
tengo corazon muy noble.
Y no porque yo lo diga;
lo ha dicho y lo ha repetido
el Rey, y me ha bendecido
para que Dios me bendiga.
No cesa de sollozar
sobre si gano.... si pierdo...
si... Me enternece el recuerdo
sin poderlo remediar.
RECESV. (Aparte.)
Infeliz!
BERTIN. (Ap. á Egilan.)
Triunfamos.
HERIB. Ea,
id —Ah! Este anillo tenia...
ser de tu esposa debia....
Toma... para que lo sea.
RECESV. No!
HERIB. Sí.—Mas ¿tan leve encuentro
te hace llanto derramar?
Un príncipe ha de llorar

de los párpados á dentro.

BERTIN. (A su hija.)
Ven.

HERIB. Falta la accion postrera
de mi loco frenesí.
(A Gosvinda.)
Tu mano.
(A Recesvinto.)
La tuya aquí.
(Une las de ambos.)
Marchad: el Rey os espera.
Salga el sí que vais á dar
bien firme de vuestra boca...
—y desterradme á una roca
del piélago balear.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EGILAN. FULGENCIO en pié. BERTINALDO, sentado, distante de ellos.

FULG. Mil veces recuso y tacho
de incompetente el dictámen
de los médicos judíos
en caso tan importante.
EGILAN. Interesado es el tuyo,
y nada en justicia vale.
Diez personas de saber
y en la cuestion imparciales
afirman que el Rey difunto
muerto de veneno yace; (9)
las apariencias acusan
del asesinato infame
á españoles, y español
eres tú: ¿quién ha de darte

crédito cuando pleiteas
la causa de tu linaje?
Tan cierto es el regicidio
como será inevitable
el horroroso escarmiento
que está para ejecutarse.

FULG. Pero es posible? ¿seréis
capaz de tanta barbarie?

EGILAN. Los próceres lo han resuelto
así; Gosvinda y su padre,
que rigen á España en tanto
que Recesvinto combate,
lo han aprobado, y me encargan
la ejecucion: no me es dable
ni aun diferirla.
(Váse.)

ESCENA II.

BERTINALDO.—FULGENCIO.

FULG. (Dirigiéndo al Conde, que se levanta.)
Señor...

BERTIN. Buen Fulgencio, harto se sabe
que vos estais á cubierto
de acusacion semejante.
Casi moribundo el Rey
un mes há, vos le salvasteis,
y le vió con grato asombro
Toledo pisar las calles.
De la ciudad os hallabais
ausente seis dias hace,
noticias de vuestra hija
buscando afanoso en balde,
hasta que volvisteis hoy
por ese funesto lance.
Supuesto que no se os culpa,
dejad que muera el culpable.

FULG. Señor, la muerte del Rey,
segun lo que enseña mi arte,
no ha sido violenta, ha sido
natural.

BERTIN. Soy ignorante

en vuestra ciencia: con todo,
nadie notó en el cadáver
de Lotario seña alguna
de veneno, y fué no obstante
muerto con él.

FULG. No le dió
mano española.

BERTIN. Sin darle,
nos le procuró, y así
pudo tambien procurarse
cualquier consanguíneo vuestro
un tósigo de la clase
misma, y hacer uso de él
en el tumulto que armasteis.

FULG. Tumulto, señor? Llegó
la noticia deplorable
de que dejaban al Príncipe
solo muchos capitanes
godos, y lanzó Toledo
un grito de horror unánime.
Recorrió á pié la ciudad
el anciano venerable
nuestro rey, sin consentir
guardia que le acompañase,
y entónces mil españoles
fieles, de todas edades,
con sus vidas le brindaron
contra el rebelde pujante.

BERTIN. Oferta que no admitió.

FULG. La oyó, sin embargo, afable.

BERTIN. Y ellos hasta aquí vinieron
persiguiéndole tenaces.

FULG. Con ruegos.

BERTIN. Con exigencias
de sedicioso carácter;
y poco despues yacia
muerto el Rey: es indudable
que se introdujo un traidor
entónces á envenenarle.

FULG. Bertinaldo!... siempre fuéron
los de mi raza leales:
siempre miró el español
en su rey la viva imágen
de Dios, á pesar de ser

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

otra su ley y su sangre.
Si le han mirado los godos
así, las crónicas hablen.

BERTIN. ¿Sabeis, médico erudito,
que usais conmigo un lenguaje
no muy propio ciertamente
de un plebeyo miserable?

FULG. Valor me dá la sentencia
bárbara que promulgasteis.

BERTIN. Y se cumplirá: si el reo
no se me entrega esta tarde
ántes de la hora de sexta,
se diezman los habitantes
que hay de vuestra casta dentro
de los muros imperiales.

FULG. Ya se el edicto y la hora
se vá acercando: contadme
para el sorteo.

BERTIN. Se hará.
Idos fuera.

ESCENA III.

GOSVINDA.—BERTINALDO. FULGENCIO.

GOSVIN. ¿Qué debate
es este?

FULG. Ah princesa! ¡ah reina
mia! con los tristes ayes
de un pueblo infeliz me acerco
á vuestras plantas reales.
El nombre de Recesvinto,
nombre al Español amable,
por las calles de Toledo
vaga, ensordeciendo el aire.
Llena el júbilo el pretorio,
llena la casa del grande;
la desolacion en tanto
inunda nuestros hogares.
Abraza al hijo español
muerta de pena la madre;
llorando estrecha al marido
la consorte inconsolable.

Por culpa de uno padecen
inocentes á millares:
no hay razon ni conveniencia
que tal desafuero mande.
Si hemos de entregar el reo,
tiempo dad para buscarle:
para que por él muramos,
dias quedarán bastantes.
La piedad, hija del cielo,
sus bendiciones atrae:
recordad que perturbados (10)
vuestros regios esponsales,
las galas del desposorio
tuvo el Rey que desnudarse,
y sin haber recibido
las bendiciones nupciales,
del tálamo se privó
por las tiendas militares.
Mirad pues que vuestro esposo
quizá en este mismo instante
mueve por segunda vez
contra el rebelde sus haces.
Más feliz que la primera,
triunfe su regio estandarte
con el favor que de Dios
aquí su esposa le gane.
Fuera triste, gran señora,
fuera horrible ensangrentarle
vos la página primera
de sus gloriosos anales.

GOSVIN. No se la ensangrentaré
con un castigo que ultraje
su nombre: mas no penseis
que el regicida se salve.
Muy cerca estoy de saber
quién es.

BERTIN. Como! averiguasteis?...

GOSVIN. Mucho.

FULG. Oh Dios!

GOSVIN. Ve y dí á los tuyos
que alienten.

FULG. El cielo os pague
la esperanza que me dais

con tan propicio mensaje.
(Vase.)

ESCENA IV.

BERTINALDO. GOSVINDA

BERTIN. Se descubre algo en efecto?
GOSVIN. Gundemaro nuestro alcaide,
que hasta aquí nada nos dijo
por temor de equivocarse,
me acaba de dar noticias,
pruebas evidentes casi.
BERTIN. Pruebas de qué?
GOSVIN. Anoche el rey
difunto, para librarse
de la turba de españoles
que le acosaba incesante,
se encerró en su cuarto.
BERTIN. Si.
GOSVIN. A poco de retirarse
los españoles, oyó
Gundemaro como si álguien
hablase al Rey; y mirando
por el hueco de la llave,
vió que trémulo y convulso
peleaba por soltarse
de los brazos...
BERTIN. De quién?
GOSVIN. De una
mujer, que al verle expirante,
huyó veloz por la puerta
oculta de aquel paraje.
BERTIN. Una mujer!
GOSVIN. Y segun
la luz dejaba enterarse,
Heriberta era la furia
en cuyas manos fatales
pereció el Rey.
BERTIN. ¡Gundemaro
dice eso!
GOSVIN. Podeis llamarle.

BERTIN. ¿Como Heriberta ha venido
aquí de las baleares?
GOSVIN. Ella nos lo esplicará:
la buscan por todas partes.
BERTIN. ¿Sabes, Gosvinda, que fuera
mejor que no la buscasen?
GOSVIN. Muera quien mató.
BERTIN. Una loca!
No hay castigo que aplicarle.
GOSVIN. Y si está en su juicio?
BERTIN. Atiende.
En la junta de magnates
que se ha tenido secreta
sin Egilan, personajes
de mucha cuenta han querido
que un escarmiento notable
aterre á los españoles
que han principiado á inquietarse.
Reina te aclaman, con esta
condicion irrevocable:
para cumplirla, conviene
que no se siga el alcance
mucho al matador.
GOSVIN. ¿Quisierais
que llegaran á diezmarse
esos infelices?
BERTIN. ¿Puedes
imaginar tal dislate?
No: se principia el sorteo
con aparatos capaces
de infundir hondo terror
aun á los mas arrogantes;
y en juntando una veintena
de esos, que han de malograrse
tarde ó temprano, se indulta
á los demas.
GOSVIN. Cuando tales
indicios hay, lo primero
es que me pongan delante
á quien de antemano amarga
mis venturas conyugales.
BERTIN. Te las amargan tus celos
que son injustificables.
Esas cartas de Heriberta

que por tu mal encontraste,
las escribió á Recesvinto
cuando eran los dos amantes;
y con todo, tú por ellas
la has cobrado odio implacable.

GOSVIN. Se le tengo; no sé qué
diera por apoderarme
de las que él le escribió: allí
viera si esperanza cabe
de que; habiendo amado tanto
los dos, pueda aniquilarse
la pasion de Recesvinto,
y cumplir el omenaje,
de amor á mí, solo á mí,
de que este amillo es garante.
Martirizado mi pecho
por temores contumaces,
paso con dolor el dia,
sueño de noche pesares,
y no vivo hasta encontrar
á mi rival detestable
delincuente y en su juicio
completo, para vengarme.

VOCES. (Dentro.)
No está loca, no.

GOSVIN. Qué escucho!

HERIB. (Dentro.)
Ver á la Reina dejadme.

ESCENA V.

HERIBERTA, vestida de blanco. GODOS, que salen con ella.—BERTINALDO. GOSVINDA.

HERIB. Fingida fué mi locura,
nunca estuve delirante.

GOSVIN. Heriberta!

BERTIN. (Aparte.)
Esta mujer
va á desvaratar mis planes.

GOSVIN. Es verdad lo que oigo?

HERIB. Sí:
tiempo es de arrojar disfraces.

Óyeme á solas.

GOSVIN. ¿A qué
fué esa ficcion?

HERIB. (Al Conde.)
Decidle antes
cómo Lotario murió:
tiene aquella muerte enlace
con mi locura.

BERTIN. Oh! Callad.

HERIB. ¿Ignora lo que tramasteis
contra mí?

GOSVIN. Qué se tramó?

BERTIN. (Aparte.)
Nos vendió el médico.

HERIB. (Ap. Sálvese
Fulgencio.) Tramaron algo
que pudo perjudicarme
á ojos vistas; pero yo
lo oí tras un cortinaje.

BERTIN. (Aparte.)
Nos oyó.

GOSVIN. Permitid...

BERTIN. Sí:
convengo en que á solas te hable.
(Váse y síguenle los que salieron con Heriberta.)

ESCENA VI.

HERIBERTA. GOSVINDA.

GOSVIN. Con que así nos has burlado?
Así me has escarnecido?

HERIB. Un rey tienes por marido,
Gosvinda yo te le he dado.

GOSVIN. Tú?

HERIB. Justo es que me indemnice
quien todo mi bien estraga:
yo vengo aquí por la paga
del sacrificio que hice.

GOSVIN. Qué pretendes?

HERIB. Defender
á mi pueblo calumniado:
se le achaca un atentado

que no pudo cometer.

GOSVIN. Que no pudo? Antes que emprendas
la defensa que meditas,
vindicarte necesitas
de inculpaciones tremendas.

HERIB. Lograr mi objeto presumo.

GOSVIN. Por qué no marchaste á Palma?

HERIB. Faltóle valor al alma
despues del esfuerzo sumo.
Debí al Príncipe casar
contigo, y supe cederle;
quise renunciar á verle;
no he podido renunciar.

GOSVIN. Tú le amas aun?

HERIB. Gosvinda,
si el Rey anciano viviera,
él, aunque anciano, dijera
si es posible que se rinda
al tiempo el amor que abrigo.
Él de mi delirio ciego,
él de mi llanto de fuego
fué consolador testigo.

GOSVIN. El Rey? Dónde le veias?

HERIB. En el convento cercano
mixto, de San Emiliano,
que él me destinó.

GOSVIN. ¿Solias
venir aquí?

HERIB. Bien que tuve
la llave correspondiente,
la usé un dia únicamente.

GOSVIN. Estuviste anoche?

HERIB. Estuve.

GOSVIN. Para qué?

HERIB. La vez postrera
que el Rey mi alberge pisó,
de mis padres me ofreció
darme razon verdadera.
Por él anoche llamada,
sola aquí me dirigí;
temblando el quicio moví
de la puerta reservada.
Pero en la cámara augusta
entro apénas y pregunto,

cuando el Rey, casi difunto,
me grita con voz que asusta:
«Mis años... la conmocion...
—Huye, no te encuentren sola
conmigo... eres española...
muero... y odian tu nacion.»
«Allí, prosiguió, allí, apriesa..
Tú verás...»—Y señalaba
una cajita que estaba
cerca de él en una mesa.
A socorrerle acudí;
pero de mí se apartó
convulso ruido sonó,
tomé la caja y huí.

GOSVIN. Segun lo pintas...

HERIB. Lo pinto
como sucedió.

GOSVIN. ¿Qué habia
en la caja?

HERIB. Contenia
las cartas de Recesvinto.

GOSVIN. Cartas de mi esposo allí!
Pues cómo?.., De qué manera?...

HERIB. A fin de que el Rey pidiera
las que al Príncipe escribí,
le fueron por mí entregadas
ántes.

GOSVIN. Y no las cambió!
Sin duda se las negó
Recesvinto: las taimadas
frases de tu amor vulgar
aun leia con placer.—
Tú me las has de volver,
y has de verlas abrasar.

HERIB. La calle, cuando salí,
estaba de gente henchida:
por un tropel oprimida,
la caja en medio perdí.

GOSVIN. Me engañas!

HERIB. Reina, si miento
esta vez, no es con ventaja
mia: guardaba la caja
tambien aquel testamento,
que tu padre sin cesar

de mil modos me pedia...
GOSVIN. De quién era?
HERIB. El lo sabia,
y yo lo debo callar
Y á fé que excitó iras tales
al Rey cuando se le dí,
que perecieran sin mí
dos vidas muy principales.
Pasó en fin la triste escena
del Rey como dije ya:
sin culpa mi pueblo está:
líbértesele de pena.
GOSVIN. Aunque hartas dudas me ofusquen,
á creerte me decido
aun hasta el haber perdido
la caja, que haré que busquen.
Consiento en mandar piadosa
que ese proceso se corte;
mas yo soy del Rey consorte,
y le amo y estoy celosa.
De tu funesta beldad
nace el mal que se me atreve:
por la vida de tu plebe
quiero mi tranquilidad.
Como hasta ahora te han visto
grandes y pequeños loca,
te has librado de la toca
de las esposas de Cristo.
Hoy es forzoso que al pié
del altar sumisa llegues,
y esos cabellos entregues,
que á mi persar te dejé.
No basta para vivir
yo en paz que el amante cedas;
es preciso que no puedas
amarle sin delinquir;
y que al Africa te ausentes,
donde ahoguen tus gemidos
los tigres con sus rugidos,
con su silvo las serpientes.
Resuelve: la salvacion
de tu pueblo entí descansa.
HERIB. No erperé más de tu mansa
y apacible condicion.

El edicto furibundo
revoca: yo admito el pacto.
Dispon, ordena en el acto
mi separacion del mundo.
Pero del claustro las leyes
mandan á la religiosa
que ruegue á Dios fervorosa
cada dia por sus reyes;
y para el que amé pedir
mercedes al Criador
tambien es amor, amor
que no se puede impedir.
Soy por ese amor capaz
de rogar por tí que fuiste
casi desde que naciste
mi enemiga pertinaz.
En fin, haz al que han unido
á tu suerte mis fatigas
tan dichoso, que consigas
que á mi me ponga en olvido.
Templa misericordiosa
de mi raza la opresion...
ó teme la maldicion
de una rival generosa.

COSVIN. Teme tú que me arrepienta
por tu audacia desmedida.
y que esa cerviz erguida
se doble á mi pié sangrienta.
Puedo hacerte aparecer
del Rey envenenadora.

HERIB. Acusacion bienhechora,
que te debo agradecer.
Hazla: un golpe me liberte
de siglos de atroz tormento.

GOSVIN. No, vivirás: el convento
castiga mas que la muerte.

ESCENA VII.

GUNDEMARO.—HERIBERTA.—GOSVINDA.

GUND. (A Gosvinda,)
Perdonad, señora, tengo
precision de hablaros.

GOSVIN. Habla.

GUND. (Ap. á Gosvinda, recatándose de Heriberta.)
Esta caja se ha encontrado,
en una calle inmediata.
(Se la enseña aparte.)
Cartas contiene del Rey
para Heriberta.

GOSVIN. ¡Las cartas
de Recesvinto! Por fin
logré lo que deseaba.
(Ap. Aquí estará el misterioso
pergamino, que con ansia
quiso recobrar mi padre
sin declararme la causa.
Lleva la caja á mi cuarto
sin que la vean.
(Vase Gundemaro.)
(A Heriberta.)
Prepara
tu ánimo: dentro de un instante
van á llevarte á las aras,
donde es fuerza que renuncies
á toda aficion mundana.
(Ap. Triunfé: quiero sin testigos
saborear mi vergüenza.)
(Váse)

ESCENA VIII.

HERIBERTA.

Resuelta vine á ceder
á mi patria mi vivir;
Gosvinda supo elegir
más grande mi padecer.
Por ti, sañuda mujer,
Heriberta se destrona;
y tú, que en la ardiente zona
duro encierro me destinas,
clavas en la frente espinas
á quien te dió la corona.
Clávalas; dócil ofrezco
á sus puntas ambas sienes:
no hay madre ni padre, á quienes

angustie lo que padezco.
Sierva nací, y obedezco
la ley que con Dios contrasta
de nuestra abatida casta
la paciente resistencia.—
Muda, Señor, tu sentencia;
basta de ignominia, basta.
Sí: justo compensador,
hará el Santo de los Santos
que el pueblo presa de tantos
se alce un dia vengador.
Temblará de su valor
la verde y la azul campaña,
y cuando á su justa saña
contrario llegue á faltar,
brotará el seno del mar
nuevos mundos para España. (11)
Tú, que á nuestra exaltacion
preparabas el sendero,
recibe el adios postrero
de mi amante corazon.
En dura separacion
nuestro amor vino á parar;
entre los dos un altar
y un conyugal juramento,
aun de sí mi pensamiento
debe tu imágen borrar.
Quédense pues anegadas
en la corriente del Tajo
las ilusiones que trajo
mi pasion acariciadas.
¡Aires de las enramadas
donde á Recesvinto hablé!
cuando él, solo en ellas, dé
por su española un suspiro,
llevádmele á mi retiro
por tantos que exhalaré.

ESCENA IX.

EGILAN. GUNDEMARO. GODOS.—HERIBERTA.

EGILAN. (Al salir.) Que Fulgencio se apresure
á venir.

(A Heriberta.)
Jóven, jurad
que nos direis la verdad.

HERIB. La diré sin que lo jure.
Qué ocurre?

EGILAN. Vos, Gundemaro,
mirad bien á esa mujer.

GUND. La vi en el pretorio ayer
noche: cuanto más reparo
en el aire y vestidura,
mas en mi aserto me afirmo.

HERIB. Yo vuestro aserto confirmo,
alcaide.

GUND. Huyó con presura,
y de su brazo pendia,
cuando abrió para escapar....

HERIB. Una caja circular.

GUND. Lo mismo que yo decia.

HERIB. Tengo á la Reina mi encuentro
con el Rey allí esplicado.

EGILAN. La Reina... nos lo ha callado,
¿Llevaba la caja dentro
algo?

HERIB. Cartas.

EGILAN. Solamente
las cartas?

HERIB. Y un pergamino,
que vos, segun imagino,
conoceis perfectamente.

EGILAN. Decid claro lo demas.

HERIB. El pergamino ministra
la muerte al que le registra.

EGILAN. (A los godos.)
Ois?
(A Heriberta.)
Convencida estás.
El Rey tu amor contrarió:
en su aposento has entrado
con el rollo envenenado:
el Rey con él pereció.

HERIB. Con él? En poder estaba
del Rey; pero bien sabia
el peligro que debia
correr si le desdoblaba.

Declaradme antes de todo
si dar os manda este paso
Gosvinda, pues en tal caso
responderé de otro modo.

ESCENA X.

FULGENCIO.—dichos.

FULG. Señor...
EGILAN. ¿Lograsteis que aliente
siquiera su pecho helado?
FULG. Dios para siempre ha quitado
la corona de su frente.
EGILAN. Murió Gosvinda, Heriberta.
HERIB. Gosvinda!
EGILAN. Un esclavo halló
la caja, la Reina vió
el rollo fatal, y es muerta.
HERIB. Gran Dios! Qué fin le ha cabido!
EGILAN. El que te previene á tí.
FULG. Vos envenenarla!
EGILAN. Sí;
que más le hubiera valido,
pues hoy á muerte más triste
se ha condenado insensata.
(A Heriberta.)
Por ti Gosvinda se mata,
despues que al Rey muerte diste,
Declara sin dilacion,
ó tormentos inauditos
habrán de arrancarte á gritos
la espantosa confesion.
FULG. Señor...
(Tocan clarines dentro.)
EGILAN. Oye los pregones
con que á tu mísera raza
nuestro poder amenaza;
renuncia á tus ambiciones;
pues aunque del Rey quizas
no fueses la matadora,
no fueras la sucesora
de nuestra reina jamás.

HERIB. Razones tan convincentes
alegais, que no me es dable
resistir. Soy la culpable. (12)
FULG. Vos!
EGILAN. (A los godos.)
Ya lo oís.
HERIB. Sed clementes
conmigo en acelerar
la pena al delito junta...
—y excusad cualquier pregunta
que no deba contestar.
FULG. Godos, el entendimiento
de esta mujer está herido.
EGILAN. Ha declarado que ha sido
su locura finjimiento.
HERIB. Sí, todo se descubrió.
Respiren los toledanos,
mis inocentes hermanos,
y muera quien delinquió.
FULG. Godos, ajena es del crímen
tan noble serenidad.
No la creais, no, dudad
al ménos.
HERIB. No se dirimen
así tan graves contiendas:
si no soy yo delincuente,
que Fulgencio le presente,
ó dé para hallarle prendas.
EGILAN. Vana es, si no tu fatiga.
(A Fulgencio.)
Culpar ó no defender.
FULG. (Aparte.)
Irresistible poder
á libertarla me instiga.
EGILAN. Quién el crímen perpetró?
Habla.
HERIB. De qué estais perplejo?
FULG. (Ap. Ella es jóven, yo soy viejo.)
El delincuente soy yo.
EGILAN. Tú?
HERIB. Quien al Rey dió salud,
como su obra destruyera?
FULG. ¿Cómo una mujer hundiera
al Rey en el atahud?

HERIB. Por él fui desposeida
del bien que mi alma anheló.
FULG. El á mi estirpe negó
una gracia merecida.
HERIB. Él coronó á mi rival.
FULG. Fue ingrato conmigo.
HERIB. Acaba
la cuestion: yo tengo llave
de la cámara real.
(Muéstrala.)
FULG. Yo tambien esta que veis.
(Muéstrala.)
EGILAN. Iguales exactamente.—
Más ó ménos claramente,
reos ambos pareceis;
mas á tan oscuro cáos
dará luz el tribunal,
castigando á cada cual
segun merece.
(A Heriberta y Fulgencio.)
Quedaos.
(Vánse Egilan, Gundemaro y Godos.)

ESCENA XI.

HERIBERTA.—FULGENCIO.

FULG. Heriberta, qué habeis hecho?
Por que vos os acusais
falsamente.
HERIB. Bien juzgais
mi pecho por vuestro pecho.
Si, me dejó la advertencia
vuestra al riesgo prevenida,
y esa locura fingida
me conservó la existencia.
Odiar su conservacion
me hace mi destino aciago:
aquel yerro satisfago
con esta nueva ficcion.
FULG. Yo no puedo consentir
el sacrificio que haceis.
Perezca yo.

HERIB. No teneis
vos causa para morir.
Dejad, pues de pena salgo,
dar á mi raza un tributo:
sobrado mentí sin fruto,
sirva lo que mienta de algo.
FULG. ¿Así de vuestra virtud
perdeis la reputacion?
HERIB. ¿Quién estima su opinion
viviendo en esclavitud?
FULG. Tomad mi vida, señora;
que haceros reina confío:
el trono deja vacío
ya vuestra competidora.
HERIB. Me obligarán á enclaustrarme,
perturbarán el Estado...
Al Rey han abandonado
porque dudó abandenarme.
FULG. Cerca de Toledo se halla,
segun avisos recientes.
HERIB. Vendrá á juntar combatientes
para segunda batalla.
No es justo que mi defensa
contra el Rey armas provoque;
lauro en mi tumba coloque,
no anhelo más recompensa.
Ya sacrifiqué mi amor
de mi amante en beneficio:
despues de tal sacrificio,
el de la vida es menor.
FULG. La mia á su fin avanza,
florida la vuestra veis.
HERIB. Aun esa hija hallaréis.
FULG. Me abandonó la esperanza.
HERIB. Noticias me prometió
daros el Rey.
FULG. Es verdad?
es posible?
HERIB. El santo abad
Ildefonso ya partió
con otro encargo y con ese.
Aun no ha vuelto.
FULG. Se ha sabido?...

HERIB. Poco tiempo ha transcurrido
para que el Rey escribiese.

ESCENA XII.

EGILAN, con una caja para volúmenes.-HERIBERTA. FULGENCIO.

FULG. Cielos!
HERIB. Qué nos anunciais?
EGILAN. Discurrid qué pensaremos
de los dos, cuando sabemos
el secreto que ocultais.
HERIB. Qué secreto?
EGILAN. ¿Reconoces
esta caja por la tuya?
HERIB. Sí.
EGILAN. Todo lo que ella incluya,
lo habrás visto.
HERIB. (Saca varias cartas.)
Sí, ¡Oh goces
para siempre fenecidos!
Sí, sí. Estarán como al darlas
al Rey... No puedo mirarlas,
me trastornan los sentidos.
EGILAN. Y esto?
(Presenta á Heriberta un papiro.) (Un papel.)
HERIB. Letra del Rey!
FULG. ¡Del
rey difunto letra ahí!
HERIB. Para esto llamada fuí!
por que viera este papel
dijo con voz ronca y tarda:
Allí, allí!
FULG. Qué os escribe?
HERIB. (Lee.)
«Vuestra madre ya no vive,
como afirmó Berengarda;
pero...»
FULG. Dios que reverencio!
HERIB. «En lo demas se engañó;
Ildefonso averiguó
que sois hija de Fulgencio.»
Ah!

FULG. Hija!
HERIB. Padre!...
EGILAN. (Aparte.)
No es falso
esto, no se conocian.
FULG. Hija adorada! ¡Y querian
conducirmela al cadalso!
No, jamás, no lo tolero:
para tí no se ha de alzar
el hacha de ajusticiar;
perezca el mundo primero.—
Ya veis, Duque, yo tomaba
su defensa tan activa...
EGILAN. Porque la fuerza instintiva
de la sangre te impulsaba.
FULG. Porque supe su inocencia;
sí, Duque, no es criminal,
Heriberta, hija, en señal
primera de tu obediencia,
rinde homenaje sincero
á la verdad: yo lo mando.
HERIB. ¿Y qué lograré negando
lo que sostuve primero?
EGILAN. Nada, si al punto no tratas
de acreditar lo que niegues;
todo, si ya que no entregues
otro reo, le delatas.
HERIB. Yo! Padre, vuestra cordura
medite la condicion:
me salva una delacion,
es decir, una impostura.
FULG. Duque, por Dios que atendais
á lo que dije y repito:
yo soy autor del delito,
yo el culpable que buscais.
EGILAN. Ya indagaron mis conjueces
la verdad y se aclaró;
Heriberta delinquió,
y tú inculpable apareces.
Tú entrabas por ese umbral
cuando el Rey ya no existia;
de allí Heriberta salia,
y el Rey quedaba mortal.
FULG. Ved que á vuestros piés me humillo.

Yo soy el reo.

EGILAN. Levanta.

FULG. No.

HERIB. Padre!...

EGILAN. Esa es la garganta
que debe herir el cuchillo.

FULG. No disimules tu encono,
juez con entrañas de fiera:
tú solo quieres que muera
la que está cerca del trono.

EGILAN. Piensa lo que más te cuadre;
quéjese al Rey tu malicia
porque le privo en justicia
de quien le deja sin padre.

HERIB. Señor!...

FULG. Sí, te acusaré,
cobarde emponzoñador.

EGILAN. Impertérrito el furor
del Rey desafiaré.

FULG. ¡Hijo tengas que te aflija,
viendo á morir de este modo!
Mas no, no merece un godo
un hijo como mi hija.
(Voces á lo léjos.)

ESCENA XIII. (*)

GUNDEMARO. GUARDIAS.—HERIBERTA, EGILAN. FULGENCIO.

GUND. Señor...

EGILAN. Qué es ese murmullo?

GUND. La hora fatal es cumplida.

HERIB. Recibid mi despedida
sin flaqueza y sin orgullo,
señor. Por modo bien raro,
en los brazos paternales
Dios me pone hoy, de los cuales
yo soy la que me separo.
Puesto que sola provoco

(*) Para la representacion pueden suprimirse en esta escena las redondillas 2.ª 3.ª y 4.ª

el mal que vos padeceis,
padre amado, no acuseis
al cielo.... ni á mi tampoco.
Nuestra española constancia
en vuestro auxilio llamad;
imitadme, recordad
que nacisteis en Numancia.
Con esto, digno de vos,
diréis al Rey en mi nombre
que no se vengue cual hombre,
que perdone como Dios;
que en deber le constituyo
de que mi sangre utilice,
y un pueblo desesclavice
que hará la gloria del suyo;
que yo le amé siempre fina,
que le amo en la tumba yerta,
y en fin que supo Heriberta
morir como numantina.

FULG. Dadme, Señor, vuestro amparo!

HERIB. Adios.

FULG. Hija!

HERIB. Nos veremos
á la luz de un sol mas claro,
el sol que entorno de sí
ni error ni dolor consiente.
Vamos.

(Fulgencio quiere seguir á su hija.)

GUND. Tened.

EGILAN. (Aparte.)
Esta gente
vale mas que yo creí.

(Vánse Heriberta. Egilan, Gundemaro y la Guardia. Cierransé las puertas.)

ESCENA XIV.

FULGENCIO.

FULG. Conducid al sacrificio
la víctima voluntaria:
para ella será de gloria,

para vosotros de infamia. (*)
¿Por qué á tan mísera edad
llegó mi vejez cansada?
¿por qué no perdí la vida
cuando murió Berengarda?
Yo quisiera perdonar
como esa infeliz me manda;
mas no lo puedo conmigo,
no, ni mi perdon bastara;
la eterna justicia infunde
su rigor en mis palabras.
Venid, secuaces feroces
del vil profeta de Arabia,
extermine vuestro acero
la estirpe fatal á España,
la que trajo y propagó
del Pirene á Lusitania
la esclavitud de los cuerpos,
la corrupcion de las almas,
la herejía. (*) ¿Dónde estás,
rey único de tu raza,
que á los tristes españoles
como á tus hermanos amas?
Pero ese amor es quizá
quien te lleva la desgracia,
y acaso en este momento
sufres la suerte ordinaria
con que el godo se desquita
del igual suyo que ensalza,
de su frente derribando
la corona con el hacha.
—Qué estrépito es ese? Gritos
suenan aquí y en la plaza.
Hija sin ventura! ya
vuelas al empíreo en alas

(*) Los cuatro versos siguientes pueden suprimirse en la representacion.

(*) En la representacion se varia esta escena desde aquí diciéndose:

Pero gritos
suenan aquí y en la plaza

Es decir que se suprime once versos.

de tu heroísmo sin par,
de tu inocencia sin mancha.
(Abrese la puerta del fondo.)

ESCENA XV.

EGILAN, que sale confundido y turbado.—FULGENCIO.

FULG. Duque! y mi hija?
EGILAN. Tu hija...
FULG. Duque, miradme á la cara.
No os atreveis? ¿Me teneis
compasion? Desventurada!
Mas desventurado yo!
EGILAN. Sin razon te sobresaltas.
La vergüenza es la que ves
en mi semblante pintada.
FULG. Vergüenza! De qué? De quién?
EGILAN. De mi, del Conde, de que haya
españoles que se ilustren
cuando los godos se infaman.
Tu hija es inocente.
FULG. Oh! sí!
EGILAN. Tu hija enaltece su patria.
Dios fué quien del Rey dispuso;
Bertinaldo lo declara;
él á los médicos hizo
dar declaraciones falsas;
pero viendo que Heriberta
al suplicio caminaba,
ellos, acusando al Conde,
la horrible verdad la arrancan.
FULG. Ahora, Dios mio, abrid
la huesa bajo mis plantas!—
Pero dónde está?...
EGILAN. De aplausos
y bendiciones cercada,
recibe al Rey, que triunfante
penetra en el regio alcázar.
FULG. Al Rey!
EGILAN. Yo os aborrecí;
ya no puedo.

ESCENA XVI.

RECESVINTO. HERIBERTA. GODOS. ESPAÑOLES, con trofeos y palmas.—EGILAN. FULGENCIO.

FULG. Hija del alma!
HERIB. Padre!
RECESV. Fulgencio!
FULG. Señor!
EGILAN. Recesvinto, lutos hallas
cuando á Toledo conduces
victoriosas tus escuadras:
el hombre sienta en secreto,
y aquí, responda el monarca,
Los caudillos que llevaste,
dónde están?
RECESV. Mira sus armas:
parte hay de su sangre en ellas,
la tierra el resto se traga.
Traidores me saltearon;
preso á Frova [illegible]

66 120164 7 10456